



¡Qué bueno es que estemos aquí!

XVIII Domingo Ordinario. 06 agosto

Este domingo, unimos nuestra voz a la de los discípulos y exclamamos: **¡Qué bueno es que estemos aquí!** La liturgia nos invita a decidarnos abrir los ojos y contemplar la luz, una "Luz" que viene de lo alto y que, por lo tanto, ilumina todo. Al mismo tiempo, se hace tan cercana a cada persona que le brinda la oportunidad de mirarse a sí misma y observar su entorno y su ambiente; su vida entera queda iluminada. Y esa Luz, que todo lo ilumina, queda confirmada con una voz solemne y cercana que dice: **"Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escúchenlo"**.

Evangelio de Mateo 17, 1-9

Seis días más tarde, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escúchenlo». Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levántense, no teman». Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: «No cuenten a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».



Para meditar:

- La escena que el Evangelio nos muestra es tierna, delicada, cercana y comprometida. La importancia de este momento se refleja en numerosos detalles y en la actitud de los discípulos. Un temor se apoderó de ellos, pues están ante el misterio y les causa miedo. Son incapaces de reaccionar ante la voz de Dios. Jesús, con un gesto preferencial, **"se acerca"**, los toca y les dice: **"Levántense, no teman"**. ¿Has escuchado alguna vez estas palabras de Jesús? ¿En qué situación te encontrabas?
- Las palabras que se escuchan vienen de la nube; por lo tanto, es necesario levantar la cabeza, la mirada, y afinar el oído para escuchar con el corazón: **"Este es mi Hijo amado, en el que me complazco"**. Dios sigue confirmando que Jesús es su Hijo, que ha llevado a cabo todas sus obras, y nos anima a levantarnos, a ponernos de pie y reconocer su presencia desde el corazón. Solo desde ahí es posible vivirlo en el día a día.
- En nuestra experiencia cotidiana, hemos gozado en más de una ocasión contemplando el horizonte desde lo alto de una montaña, un edificio, la playa, etc. Ese horizonte, ya sea al amanecer o al atardecer, es una imagen que nos transporta. Son momentos únicos y privilegiados en los que la belleza de lo creado renueva y oxigena nuestro cuerpo y espíritu. **Nos sentimos transfigurados**, diferentes, como si estuviéramos en la gloria. Es como si el tiempo se detuviera, y anhelamos esa eternidad, esa convergencia de lo humano con lo divino.
- "San Juan de la Cruz enseñaba que todo lo bueno en las cosas y experiencias del mundo está en Dios de manera eminente e infinita, o mejor dicho, cada una de estas grandezas es Dios. No es que las cosas limitadas del mundo sean realmente divinas, sino porque **el místico experimenta la íntima conexión que hay entre Dios y todos los seres, y así «siente ser todas las cosas Dios»**" (LS 234).

Hna. Ma. de Lourdes Hernández N. Santiago de Compostela, España

Para orar:

"Señor, quédate conmigo. Afina mi oído y mi corazón para escuchar y reconocer la voz del Padre, que continúa invitándome a vivir en conexión contigo, Jesús, y a reconocer tu presencia en todo lo creado y en todas las criaturas. Amén."



catequistas@iglesiadesantiago.cl